

# La senda de los destinos

Santiago Carretero Cuadros



# Capítulo 1

## CAPÍTULO 1

### EDIMBURGO

El callejón aparecía húmedo, frío y solitario. La madrugada todavía quedaba lejos en el tiempo, y la oscuridad reinante se veía, en ocasiones, sorprendida por las sombras de las farolas parpadeantes de una ciudad vieja e intrigante.

Para Kendrick Elliot se trataba de una noche más. Paseaba con tranquilidad por Mary King's Close. Era una rutina a la que llevaba ligado demasiados meses. Consciente de la peligrosidad de aquel callejón y del resto que lo circundaban, ese era un detalle que a él no le importaba. Nadie en su sano juicio estaría dispuesto a atacarlo. A él no. Cualquier otro transeúnte, en aquel lugar y a aquellas horas estaría convirtiendo su vida en un verdadero peligro pero, para Kendrick, el peligro, sinceramente, era quedarse encerrado en el conducto subterráneo en el que vivía hacía meses.

Cada noche solía salir de su habitáculo, embestido y cubierto por una interminable capa de color negro que le cubría la cabeza, le ocultaba las manos, las mismas que guardaba en los bolsillos, y le llegaba hasta los talones. Sus pies estaban bien protegidos del frío y la humedad por unas botas de suela lisa, que le arropaban más arriba de sus tobillos. Bajo la capucha el rostro se dibujaba difuminado, desvanecido. Apenas se apreciaban aquellas cicatrices que lo desfiguraban por completo, las cuales eran las causantes de su aislamiento voluntario.

Era un tipo joven, de unos treinta años, de considerable estatura, alrededor de metro noventa, y de complexión delgada. Su rostro se caracterizaba por unas mandíbulas huesudas y marcadas, unos pómulos prominentes que parecían hundir unos ojos no excesivamente grandes, de color azul. Su cabello era castaño y lo llevaba casi siempre enmarañado y más largo de lo que era habitual entre los hombres de la época.

Caminaba con lentitud y la cabeza siempre cabizbaja. Su rostro enjuto se había cicatrizado a raíz de un incendio, sin embargo la mayoría de los que se cruzaban en su camino no eran de esa opinión. Todo el mundo le daba la espalda. Lo consideraban un malhechor, un tipo peligroso, un individuo que casi siempre andaba metido en líos. Era extraña la taberna que no había sufrido sus arrebatos por culpa de sus continuas peleas. A menudo había sido centro de las burlas de aquellos que no tenían otra cosa que hacer que mofarse de su rostro herido y

despellejado. Había llegado a acostumbrarse a ello, por lo que se había convertido en un hombre de pocas palabras. La única forma de defender su dignidad la basaba en sus puños. Cuando eso sucedía, se movía como pez en el agua. No tenía miedo a aquellas reyertas. Era un tipo duro. Se manejaba bien en aquellos altercados y rara era la vez que podía salir derrotado. Seguramente, fuese por eso por lo que se ganó la fama de hombre peligroso y despiadado, pero también era cierto que, poco a poco, gracias a sus victorias en las tabernas, se había ido ganando el respeto y, tal vez, el miedo en las calles.

Podríamos decir que aquellos callejones de Mary King´s Close respetaban la presencia de Kendrick Elliot.

Aquella noche había vuelto a salir de su escondite subterráneo y caminaba despacio por los callejones solitarios. Había decidido ir a tomar algunas copas a la taberna de Logan. Kendrick solía, en ocasiones, ofrecerse a los taberneros para ayudarles en diferentes trabajos, entre ellos los de cargar y descargar mercancía que recibían en sus negocios. A cambio de ello nunca recibía compensación económica alguna, tan sólo lo dejaban beber gratis toda la noche. Evidentemente, no todos los taberneros querían tenerlo cerca, pues sabían de la facilidad que tenía para meterse en líos y preferían no arriesgarse a sufrir más destrozos en sus locales. Logan no era uno de ellos, por lo que Kendrick todavía tenía las puertas de aquella taberna abiertas.

La taberna de Logan era un local vetusto, pequeño, de olor añejo y escasa luz. El tabernero, de unos cincuenta años de edad, solía estar acompañado de un camarero, casi siempre diferente, pues sus empleados apenas le soportaban el mal humor y el escaso sueldo con el que les recompensaba al final de cada jornada.

Logan siempre pagaba por días. No confiaba en nadie, pues en más de una ocasión lo habían dejado colgado y más de un camarero había salido por pies sin esperarse siquiera a percibir el sueldo. Aquella noche el camarero que se hallaba detrás de la barra era un joven irlandés de cabello pelirrojo y la cara cubierta de pecas. Kendrick lo observó de refilón, sin prestarle demasiada atención. Le pareció demasiado joven para trabajar por las noches y en un lugar como aquel, pero realmente tampoco era un tema que a él pudiera importarle demasiado. "Allá Logan con sus líos con la ley" fue lo que pensó.

—¿Me pones un whisky? —Le dijo al joven camarero tras tomar asiento en uno de los taburetes que se hallaban al pie de la barra.

El pelirrojo fue rápido. Unos segundos después Elliot tenía el whisky frente a él. Tomó el vaso con recelo, como quien tiene miedo a lo

desconocido, lo acercó a sus labios y bebió con tranquilidad, saboreando aquel néctar de alcohol que lo iba sedando y lo iba olvidando de su propio yo.

Podríamos asegurar que aquel local jamás se había caracterizado por su ambiente alegre, pero también es cierto que a medida que los clientes iban consumiendo whiskys, el silencio se iba apoderando del entorno de forma maravillosa y peligrosa a la vez. Logan extraña vez se acercaba hasta Kendrick para darle conversación. Si en alguna ocasión lo había hecho era porque le interesaba pedirle algún favor a cambio. Muchas veces el alcohol que el viejo tabernero recibía en su local lo hacía a través del contrabando y en más de una ocasión había buscado al tipo del rostro quemado para que éste fuese el que se encargara de tratar con las bandas de contrabandistas. Kendrick tenía poco o nada que perder y aquellas propuestas las veía como una gran oportunidad para después poder emborracharse por las noches. Sin embargo, aquella noche, el dueño del local no se acercó a él. Apenas se percató de su presencia, por lo que el tipo del rostro quemado continuó pidiendo whiskys uno tras otro al pelirrojo quien, al igual que su jefe, guardaba un sepulcral silencio.

Tal vez fue al séptimo u octavo whisky (había perdido la cuenta después del tercero) cuando la puerta del local se abrió de par en par y de un fuerte empujón. El golpe de la madera contra la pared hizo girarse a los allí presentes. Elliot, a causa del alcohol consumido, fue el más lento de todos ellos.

Dos jóvenes se adentraron en el local y, con los rostros totalmente fuera de sí, pidieron auxilio a los allí presentes.

—¡Por favor, señores, vengan a ayudarnos! ¡Se están matando en casa! ¡Van a matar a nuestro padre! ¡Rápido, vengan!

Logan miró a Kendrick por primera vez en toda la noche y éste miró al chico irlandés de cabello pelirrojo, quien observó aterrado a los hermanos que se encontraban desesperados en el umbral de la puerta. Ninguno de los tres hizo nada. Ninguno de ellos tomó la responsabilidad de averiguar qué estaba ocurriendo verdaderamente. Ninguno quiso saber nada al respecto. Los jóvenes hermanos marcharon cabizbajos, desesperados, buscando nuevas puertas donde tratar de encontrar la ayuda que en el local les habían negado con un simple silencio y unas miradas apáticas. En aquello se estaba convirtiendo Edimburgo, en un mundo subterráneo, dominado por las clases altas de la población que, cada vez con más frecuencia, se trasladaban a la parte alta de la ciudad, allí se construían enormes edificios en los que comenzaban a vivir con gran prosperidad, mientras que las familias más pobres iban quedando atrapadas en el subsuelo, en la ciudad subterránea, compuesta de callejones húmedos, oscuros y tenebrosos,

donde el sol apenas entraba y donde la inmundicia y la inseguridad eran parte de la rutina.

Cuando los hermanos desaparecieron del local, la vida continuó con su habitual y lánguida rutina. El dueño del local comenzó a contar billetes, el pelirrojo irlandés continuó fregando vasos y el tipo de la cara quemada fue consumiendo un whisky tras otro.

Todavía faltaban un par de horas para que amaneciera cuando Logan decidió que hasta allí llegaba su jornada aquella noche. Kendrick no opuso resistencia. Se levantó del taburete donde había estado bebiendo hasta entonces y salió del local sin despedirse de nadie. Iba tan ebrio que el frío de la calle apenas le importó. Caminó tambaleándose de lado a lado, sorteando como pudo las basuras que se acumulaban en aquellos callejones desiertos y solitarios de vida.

A lo lejos escuchó voces de socorro, de estremecimiento, de miedo. De repente...un sonido atronador, seguido de lamentos, llantos, dolor. "Un disparo", pensó. Tal vez el padre de aquellos dos chiquillos desesperados ya habría sido asesinado. Tristemente no era algo anormal en aquella Edimburgo sucia y oscura.

Dos ratas surgieron de un portal y atravesaron la calle cruzándose ante sus pies. Un perro vagabundo se abalanzó a toda velocidad persiguiendo a los dos roedores. No tuvo suerte en el intento. Kendrick sintió pena por él. Lo catalogó, a simple vista, como otro perdedor. Otro más en aquella triste ciudad de Edimburgo.

## Capítulo 2

Hacía frío. Los barcos surcaban los mares del norte y atracaban en el puerto de Leith a la espera de ser descargados. Jóvenes escoceses y galeses permanecían al acecho para ser elegidos por los capitanes de aquellas embarcaciones, los cuales buscaban brazos fuertes y bolsillos vacíos dispuestos a dejarse las espaldas a cambio de unas simples monedas. Kendrick no solía frecuentar mucho el puerto, sin embargo, en alguna ocasión se acercaba hasta Leith y se quedaba mirando cómo marineros y jóvenes desesperados trataban de llegar a tristes acuerdos.

Aquella fue una de esas madrugadas en las que no pudo conciliar bien el sueño en su agujero subterráneo y caminó hasta el borde del puerto. Tomó asiento en uno de los espolones y comprobó cómo el sol nacía a través del horizonte, dibujando de colores anaranjados y amarillentos el cielo de Edimburgo.

Una mano en su hombro lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Te apetecería subir a uno de esos barcos?

Elliot observó con detenimiento al hombre que había tomado asiento a su lado, en otro de los espolones. Se trataba de un hombre de cabellos blancos. Su barba era larga y también canosa. Tenía la nariz aguileña y los ojos hundidos en unas ojeras que le formaban importantes bolsas. Su rostro no parecía el de un anciano, por lo que era complicado descifrar su verdadera edad. En ningún momento lo miró a su rostro quemado. También él parecía absorto en el espectáculo que les regalaba el amanecer.

—Jamás encontraría un destino adecuado para mí —fue la contestación de Kendrick, convencido de sus palabras.

—El destino es el que nos forjamos cada uno de nosotros con nuestras propias decisiones —trató de explicarle el desconocido.

—Entonces, si es así, hace tiempo que mi destino dejó de tener importancia.

—Siempre he pensado que aquel que se deja vencer por su destino está muerto o tiene el alma herida. Es evidente que no estoy hablando con un cadáver, por lo que doy por hecho que tu dolor interno no te deja pensar con coherencia.

El joven escocés suspiró con resignación. ¿Quién era aquel tipo que se sentaba a su lado, aparecido de la nada y le hablaba como aquellos

profesores de su niñez?

—¿Puedo preguntarle adónde pretende llegar? —Kendrick no quiso perder más tiempo y fue directo en la conversación.

El hombre del pelo blanco, en aquella ocasión, sí que miró directamente al rostro de su interlocutor.

—Vengo de Londres —comenzó a explicarle—. Acabo de llegar hace unos minutos. Lo que allí he visto no lo he contemplado en ninguna otra parte del mundo, y eso que me he pasado media vida navegando. Pero eso no es lo peor. Dicen que lo que yo he visto en Londres está sucediendo en todas partes, y a una escala mucho mayor. Sin una razón aparente, sin tiempo de preaviso, las personas comienzan a enfermar. Todo comienza por una fiebre que en pocas horas va a más, dolores de cabeza, de piernas, de brazos. El dolor se apodera de las personas. No importan las clases sociales. Es una enfermedad que no respeta a nadie. Ricos, pobres, mendigos, políticos... Cuando se infectan los ganglios pueden darse por muertos. Surgen bubones. Bubones del tamaño de un huevo. Se vuelven purulentos. En ocasiones pueden reventar. Si entras en contacto con esta gente, no tardas en contagiarte. Pueblos enteros contagiados, familias enteras fallecidas. Lo llaman la peste de la muerte, otros la denominan la peste negra. Está en el aire que nos envuelve, en el agua que bebemos, en el día y en la noche. No tiene rostro, pero estoy seguro que si se dejara ver tendría el semblante de Lucifer.

Kendrick se quedó pensativo. Su rostro quemado apenas hizo una mueca de indiferencia.

—Hay algo que no entiendo —dijo finalmente. El marinero de cabellos blancos escuchó atentamente—. Me propones abandonar Edimburgo ante la amenaza de una enfermedad que todavía no ha llegado a nosotros, y me dices que me vaya lejos pero, ¿adónde?, si me estás contando que casi todas las ciudades ya han sido visitadas por la peste negra esa de la que me hablas.

—Vuelve aquí dentro de tres días. Por la mañana sale del puerto de Leith un barco con destino al Mediterráneo. Desembarca en España y llega hasta Sevilla. Hay navíos que circulan con asiduidad hasta el Guadalquivir. Desde allí te resultará sencillo entrar como polizón a bordo de los barcos que navegan con frecuencia hasta América. —En ese momento guardó un instante de silencio. Pareció pensar más allá de la realidad. Kendrick tuvo la sensación que aquel hombre volaba junto a sus pensamientos—. Europa está muerta, amigo. Aquí ya no queda ningún futuro.

—América se encuentra demasiado lejos. No tengo dinero para el pasaje y, aunque me infiltrase como polizón, ¿de qué me serviría? ¿De qué viviría?

allí? Sería carne de cañón en apenas unas semanas.

—Tal vez te equivoques. América es una tierra rica en oportunidades. Desde su descubrimiento son miles las personas que han decidido cambiar el rumbo de sus vidas y comenzar de cero en el nuevo mundo.

—Gentes de familias nobles —le espetó el escocés.

—De todo ha habido —trató de convencerle el marinero.

—Si lo tienes tan claro —le soltó Kendrick—, ¿por qué me adviertes a mí? ¿Por qué no tomas tú ese camino del que me hablas? Eres hombre de mar, lo tendrías más fácil que yo para subir a esos barcos.

— ¿Quién ha dicho que yo no vaya a estar aquí dentro de tres días? Estoy aquí de paso, en cuanto zarpemos de este puerto nos dirigiremos hacia España. Hoy día es la única posibilidad que tenemos de salvarnos. Piénsalo, hijo. Dentro de tres días no será fácil subir a ninguno de estos barcos que hoy ves aquí anclado.